



Sueños de  
cristal

A LOS QUE  
AMAN...

CARLOS MONREAL

Para Esther de Carlos...

## CAPITULO I

Había tenido la mala suerte de llamarse Antonio Vega, como el cantante. Trabajaba como auxiliar administrativo en una oficina gris, con su escritorio gris y su estilográfica gris, que le había regalado su hija Paula en su último cumpleaños. Su vida era un cúmulo rutinario de sucesos en los que no ponía demasiada atención, simplemente hacía lo que tenía que hacer como hijo, como padre, y cuando tocaba, como marido.

Antonio procedía de una familia adinerada venida a menos que se había instalado en Madrid después de la guerra. Con sangre, sudor y lágrimas habían conseguido disponer de un pequeño piso en propiedad y un terreno a las afueras donde sus padres siempre habían querido construir un chalé con piscina, que nunca llegó. Tuvieron que conformarse con una pequeña caseta y un huerto desaliñado donde iban los fines de semana de buen tiempo para jugar al tute con algún amigo o familiar y comer carne a la brasa. Su niñez la recordaba alegre y divertida aunque con alguna que otra estrechez como era habitual en la época que les había tocado vivir.

—Antonio, la comida está en la mesa. ¿Dónde te metes? ¿no ves que se va a enfriar la sopa? — Era Pilar su mujer, de unos cuarenta años, guapa, morena, ojos verdes y

genio aragonés, que se había quedado en el paro ocho años atrás y en todo ese tiempo seguía dedicándose a las cosas del hogar con un énfasis encomiable. Ella decía que casi había sido mejor así porque Antonio le ayudaba poco, y se cargaba con todas las tareas domésticas cuando llegaba de la peluquería donde trabajaba, estando siempre malhumorada y renegando a todo el que se le ponía a tiro.

—Ya voy, estaba tratando de arreglar la puerta del dormitorio que no cierra y un día las niñas nos van a sorprender en plena faena.

A Antonio le gustaba arreglarse para comer, y los fines de semana que no tenía que salir se ponía el traje de los domingos y unas corbatas bastante estrambóticas que había heredado de su padre, y éste a la vez de su abuelo, y así de no sé cuántas generaciones.

—Tengo que irme escopeteado... He quedado con Luis y sus amigos para jugar al pádel. Solamente había pista a las cuatro de la tarde y ya sabes cómo es... Si un domingo no juega le da un infarto.

Antonio y Pilar tenían dos hijas. La parejita decía él. Lo único es que eran dos chicas, y siempre había querido tener un varón para enseñarle todas sus aficiones y también todas sus frustraciones, esperando que le librara de alguna de ellas. Sus nombres eran Paula y Sofía y se llevaban solamente diez meses. El parto de Paula, la mayor, duró cinco horas y fue bastante complicado por lo que Pilar le dijo a Antonio que si querían tener otro hijo que lo hicieran ya o que se fuera olvidando del tema. También le propuso hacerse la vasectomía en cuanto volvieron del hospital del embarazo de Sofía.

—¿Te has acordado de llevarle a mi madre el táper que nos dejó el domingo pasado? Ya sabes que necesita saber que sus utensilios de cocina están completos.

—No, no me he acordado- contestó Antonio con una media sonrisa pícaro— pero espero que todavía no haya pasado lista y hecho recuento de los enseres, como hace todas las mañanas.

La madre de Pilar era viuda y vivía en el tercero, dos pisos más arriba que ellos. Lo justo como para controlar sin ser un estorbo y como decía en muchas ocasiones, “cada uno en su casa y Dios en la de todos”.

Antonio era moreno, con los ojos grandes y oscuros, alto, delgado, con un toque despreocupado y con cara de buena persona. En su juventud siempre había tenido muchas pretendientes hasta que conoció a su mujer. Ahora tenía una vida bastante monótona. Se levantaba a las 7 para ir a la oficina, se duchaba, desayunaba un café con leche bien cargado con cuatro galletas María y salía a las 7:45 a coger el metro. Vivían en el barrio de Chueca y la oficina la tenía en Ajalvir, a las afueras de Madrid, cerca del aeropuerto, por lo que en metro y tren le costaba exactamente 55 minutos. Entraba a las 9 y como no le daba tiempo a volver a comer a casa se llevaba los tóper prestados de su suegra rellenos con la comida casera que le preparaba Pilar. A las 7 de la tarde salía del trabajo por lo que el día no le cundía demasiado, y en esta época en pleno diciembre casi no veía el sol.

Pilar era la que se encargaba prácticamente de todo lo de la casa. Cocinaba, compraba, lavaba, planchaba, llevaba y recogía a las niñas. Nunca había permitido que se quedaran en el comedor del colegio ya que siempre decía, “por encima de mi cadáver, madre no hay más que una”, así que como buena ama de casa que se precie siempre tenía algo que hacer. Sólo descansaba para ver la telenovela venezolana que echaban en la tele después de comer donde aprovechaba para dar alguna cabezadita.

Las conversaciones entre ellos hacía mucho tiempo que se habían vuelto monosílabas, como sin contenido. Se querían, a su manera, pero habían llegado al punto después de veinte años juntos que hasta les daba pereza discutir. Simplemente se conformaban con lo que les había tocado vivir y cumplían cada uno su parte como un juego de ajedrez donde los peones son movidos por alguien ajeno, y lo asumen sin preguntar nada.

—Acuérdate de recoger a Paula de la clase de natación y de pasar por el supermercado ese que abren los domingos hasta la noche para comprar leche y huevos. Se me han terminado.

—No te preocupes cariño, ya me acuerdo por las cuatro veces anteriores que me lo has dicho. Sabes que mi memoria siempre ha sido de elefante, como la de mi padre...

Media hora más tarde Antonio salía de casa con ropa de deporte para encontrarse con su amigo Luis, que le esperaba con su BMW descapotable como cada domingo en la esquina de la calle San Marcos con Hortaleza. A Luis le gustaba sacar su coche a pasear, y separado como estaba desde hacía cuatro años, aprovechaba para dejarse ver por la capital y repartir alguna que otra tarjeta de la empresa donde trabajaba de comercial, entre las muchachas más agradadas o a veces entre las más provocativas, ya que siempre decía que quien enseña, algo busca.

—¿Zapatillas nuevas? Parece que tu mujercita te está soltando un poco la soga. Ya no se enfada cuando vienes conmigo y mis amigos. Empieza a fiarse de un solterón como yo— le espetó Luis mientras se acomodaba en el asiento delantero del biplaza.

-¡Perro ladrador poco mordedor! Bueno acelera que vamos un poco justos de tiempo y quiero llegar pronto a las pistas para calentar...

-Sí, sí. A ti lo que te pasa es que tienes un par de encargos de Pilar y no quieres que te cierren las tiendas. Ya sabes que el último partido nos dejaste a mitad y eso no es de caballeros.

Luis era rubio con rizos, de mediana estatura, ojos azules cuerpo trabajado en el gimnasio, ropa ajustada y con un carácter comercial muy marcado, aunque amigo de sus amigos. Conocía a Antonio desde hacía seis años y siempre trataba de sacarlo de su rutina para que cambiara de aires. Pero las veces que había tratado de liarle para salir por la noche con amigos nunca lo había conseguido. Así que se conformaba con el deporte y algún café esporádico entre horas.

Aquel domingo era un día extraño. Las nubes se movían más rápido de lo habitual y sin embargo no había viento. Era como si pertenecieran a un escaparate de obra de teatro y alguien se estuviera encargando de moverlas una y otra vez. Además lloviznaba justo en el único lugar de cielo azul que se divisaba.

Una llamada sombría sonó a media tarde en la casa de los Vega. No era habitual que el teléfono fijo sonara a esas horas pero a Pilar no le extrañó. Estaba acostumbrada a las llamadas inoportunas de las compañías telefónicas que más de una vez en fin de semana le habían interrumpido la breve siesta que acostumbraba a echarse, y que tanto le molestaban.

—¿Diga? Respondió refunfuñando.

—¿Es usted la señora de Antonio Vega?

Pilar se sobresaltó y dio un pequeño paso hacia atrás.

—Sí, aquí es... ¿Quién pregunta por él?— apuntó incierta.

—Soy Julio Jiménez, inspector de policía. Tengo que pedirle que venga cuanto antes a la comisaría de distrito de Lavapiés.

Pilar notó súbitamente que las piernas y el brazo con el que sujetaba el auricular le temblaban y las palabras que pensaba en el cerebro no acertaba a transformarlas en sonidos audibles.

—Pero... ¿Quién es? ¿Quién llama? ¿Le ha pasado algo a mi marido?, dijo muy nerviosa.

—Tranquila, coja un taxi y cuando llegue a la comisaría le contamos. Pregunte por el inspector Jiménez. Yo le estaré esperando.

Pilar se sentó un instante en el sofá del salón para recomponerse. Era una de esas personas que siempre parecen nerviosas pero que se calman en los momentos más complicados e inesperados. Tomó aire, se levantó, se quitó la bata de felpa que siempre llevaba para no tener que encender la calefacción y cerró la puerta con llave al salir.

## CAPITULO II

La comisaría número 12 del barrio de Lavapiés era un lugar donde se reunían personas de lo más variopinto. Borrachos, putas, abogados con trajes impecables, policías con barba de tres días, inmigrantes, camellos y algún que otro dromedario. La entrada invitaba a darse media vuelta, y para acceder a la recepción había que traspasar un pasillo estrecho y sobreiluminado de focos, que apuntaban hacia el mostrador. Allí se encontraba una mujer policía de apenas veinticinco años, seria, pelo largo castaño y de mirada penetrante.

—Vengo a ver al inspector Jiménez. Soy la mujer de Antonio Vega y me ha llamado a casa hace una media hora para que me personara aquí lo antes posible— dijo Pilar con la voz entrecortada.

—No se preocupe, ahora mismo le aviso— Descolgó el teléfono y cuchicheó en voz baja algo que Pilar trató de oír pero no pudo descifrar.

Al momento, como por arte de magia apareció un hombre de paisano con pantalón de pana y camisa a cuadros, pelirrojo, desgarrado y con ojos azules saltones y analíticos que se identificó como el inspector Jiménez.

—Buenas tardes. Siento haberla llamado por teléfono. Me hubiera gustado visitarla personalmente pero estamos hasta arriba. Ya sabe, robos, hurtos y algún que otro asesi-

nato. No sé por qué pero los días festivos el ser humano tiene más ganas de cometer delitos que entre semana. Venga conmigo— y le miró fijamente con un tono lúgubre.

—¿Qué ocurre? ¿Ha hecho algo mi marido que deba saber? ¿dónde está? — preguntó Pilar preocupada.

Pero Jiménez no le contestó y siguió andando hasta un pequeño despacho interior con un escritorio, un armario y por supuesto un flexo, ya que no tenía ninguna ventana al exterior.

—Tome asiento, le señaló el inspector. Tengo que darle una trágica noticia— Pilar se sentó como hipnotizada.

—Su marido ha tenido un accidente esta tarde en la M40 en un BMW descapotable rojo. Creemos que él iba en el asiento del copiloto. Los dos pasajeros que viajaban han muerto en el acto por traumatismo craneal. Lo siento en el alma. Le hemos tenido que llamar para proceder a la identificación del cadáver.

Pilar se desvaneció y calló al suelo. Jiménez la recogió y pidió a gritos un vaso de agua. Era la primera vez en su vida que prefería estar muerta que entre los vivos.

No llegó a casa hasta la tarde-noche. Entre la noticia y la identificación no se acordó ni de que debía avisar a algún familiar para que recogiera a Paula. La verdad es que prácticamente sólo contaba con su madre y no estaba para muchos trotes. La matriarca tomaba quince pastillas diarias y hacía tiempo que había decidido solamente salir en casos de primera necesidad, que eran más bien pocos. Cuando llegó no había nadie, y el silencio la sobresaltó. Pensó en llamar por teléfono a su madre pero prefirió subir para contarle en persona lo que había sucedido, estaba delicada y no sabía cómo iba a reaccionar. ¿Y Paula, dónde estaría? Sofía, su otra hija, había ido a pasar el puente con una amiga a la sierra y todavía no habría vuelto. Pero ¿Y Paula? Le

invadió una sensación extraña de vulnerabilidad. Estaba acostumbrada a la compañía de Antonio y sobre todo a saber que estaba siempre allí. Pero la nueva situación comenzaba a inquietarla. Más que tristeza sentía miedo, casi pánico. Cogió un vaso de agua, tenía la boca como una suela de zapato y se tumbó en el sofá para tratar de retomar aliento. Un ligero sueño le embargó de repente y aun sin querer, se quedó dormida.

El ruido del teléfono la sobresaltó. Eran más de las diez de la noche. Los padres de una compañera de natación de Paula al no aparecer nadie a recogerla se la habían llevado a pasar la tarde con ellos. Habían tratado de localizarla en el móvil sin conseguirlo, y finalmente habían pensado llamar al fijo que su hija se sabía de carrerilla. Pilar descolgó el teléfono y al oír a Paula lloró desconsolada.

A la mañana siguiente maldormida subió a ver a su madre. Se notaba sin fuerzas, sin ilusiones, mutilada. Como si le hubiera pasado un vagón de tren por encima. Le contó confusa la llamada del inspector, la visita relámpago a la comisaría, la trágica noticia, las caras masacradas de Antonio y su amigo Luis en el reconocimiento... La madre no podía creerlo.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?, le decía Asunción. Tu padre nos dejó cuando más lo necesitábamos y ahora la historia se repite. ¡Qué mala suerte! ¡Qué mala suerte!— repetía una y otra vez— ¿Por qué nos pasa todo a nosotras? ¿Acaso no hay gente malvada que se lo merece más? Y se abrazaron como si fueran una sola.

De la noche a la mañana Pilar había pasado de ser una ama de casa que se encargaba del hogar y de las niñas a ser la cabeza de familia. Y en esos momentos no sabía qué hacer. Más bien no le habían enseñado y la inseguridad le embargaba. ¿Buscaría un trabajo? Pero de qué. Limpiando

escaleras y baños mugrientos. ¿Otra vez de peluquera en plena crisis? ¿Y de qué iban a vivir ahora? Todavía les quedaba por pagar parte de la hipoteca del piso que habían comprado siete años antes porque ella se había empeñado. Nunca le había gustado vivir de alquiler, pensaba que era tirar el dinero. Y ahora se veía ahogada en su propia trampa. Además la pensión de su madre de cuatrocientos euros no daba para mucho. Bastante hacía la mujer con ir tirando y dar alguna propina de vez en cuando.

No tenía fuerzas de nada, se desnudó y se echó a la cama. No quería pensar, no quería hacer nada, ni siquiera respirar. Así se acabarían todos sus problemas, pero no los de sus hijas. Además Paula podía llegar en cualquier momento. Se había quedado a pasar la noche con su amiga y luego la traerían a casa. Sus lloros contenidos de la noche anterior la habrían intranquilizado pero ¿Qué debía decirle? ¿Cómo se puede explicar algo así a una niña de diez años? ¿Podría entenderlo o le causaría un trauma para toda la vida?

### CAPITULO III

Era casi medio día cuando sonó el timbre. Era el padre de su amiga Rebeca que traía a Paula. Pilar le hizo pasar y le ofreció un café.

—No, gracias. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?— le preguntó— Si podemos hacer algo por vosotras no dudes en llamarnos.

Pilar le acompañó a la puerta y oyó sus pasos lentos y sincrónicos cómo entraban en el ascensor.

—¿Cómo lo has pasado, cariño? Siento no haber podido ir a recogerte ayer. Ya sabes cómo tengo la cabeza últimamente. Pero ha sido una suerte ya que has podido pasar todo el día con Rebeca. ¿Tienes hambre?

Paula la miraba con ternura y comprensión al mismo tiempo.

—¿Papá está en el cielo? ¿Y cómo ha subido? Le preguntó de repente.

—Pilar se derrumbó y la abrazó tan fuerte como pudo.

Todavía quedaban lentejas del día anterior y después de comer subió a su hija con su abuela. Necesitaba estar sola. Todo le pesaba. Como si llevara un muro de ladrillos en las cervicales y dos bloques de hormigón en las piernas. No podía pensar pero tenía que hacerlo. Empezar a sacar

cuentas. Pensar en el entierro. Avisar a la familia de Antonio. Buscar trabajo. Buscar ayuda. Sacó su libreta verde de teléfonos apuntados a lápiz y se acordó de Felipe. Un amigo del instituto que siempre había estado enamorado de ella pero nunca se había atrevido a decírselo. Antes de casarse con Antonio quedaban de vez en cuando como buenos amigos y recordó la última vez que se encontraron por casualidad un par de semanas antes del accidente. Le comentó que había puesto un par de restaurantes en la ciudad y que no le iba mal.

El entierro se celebró sin grandes sobresaltos. Los habituales lloros y pésames de todo entierro que se precie. La familia de Antonio no tenía muy buena relación con Pilar, por lo que estuvieron corteses pero algo distantes. Salvo el padre que ya había fallecido, el resto de la familia se caracterizaba por su poca empatía, y no era fácil relacionarse con ellos. Una vez terminó tocaba hacer frente a los rezos y a los costes, y no era el mejor momento para ello. Pilar decidió que pediría un crédito y lo iría pagando poco a poco. Hay temas espirituales que no pueden dejarse para más adelante, no como los materiales que siempre pueden ser aplazados. Por parte de la familia de Pilar sólo quedaba su madre que prefirió no ir y sus dos hijas, que prefirieron no llevarlas para evitarles el mal trago. Del entierro sin contar a la familia de Antonio sólo reconoció al inspector Jiménez.

—¿Quién es?, se oyó una voz de mujer.

Pilar pensó en colgar pero finalmente no lo hizo.

—Por favor... ¿está Felipe?, preguntó nerviosa.

Podía ser que ya no viviera allí o incluso que se hubiera casado.

—Sí, ahora se pone ¿de parte de quién?

A Pilar siempre le había molestado esta pregunta telefónica que le parecía de mal gusto.

—De una antigua amiga, contestó algo seca.

Se oyeron unos pasos fuertes y decididos que se dirigían al teléfono.

—¿Diga?

—Felipe, soy Pilar. Pilar Martín. ¿Me recuerdas?

—¡Por supuesto! ¿Cómo estás, Pilar? ¿Cómo me has localizado?, preguntó sonriente.

—Desempolvé el baúl de los recuerdos. ¿Y tú Felipe cómo estás?

—Bueno no me puedo quejar del tema laboral aunque sí del personal, ya sabes, sigo siendo un soltero de oro, que queda mucho mejor que una solterona. Menos mal que nací varón.

—Sí, nunca has tenido mucha suerte para los amoríos...

—¿Qué me cuentas, Pilar? ¿A qué debo esta grata sorpresa?

—Felipe, siento decirte que no te llamo para darte buenas noticias... Antonio murió hace dos meses en un accidente y ahora soy yo la cabeza de familia— explicó compungida y algo avergonzada— No sé si recuerdas que tenemos dos hijas y tengo que empezar a buscar trabajo... Hacer frente a tantas cosas de vez que me está resultando muy difícil... Recordé que me comentaste que habías montado un restaurante... y pensé que tal vez necesitarías algu-

na cocinera o camarera aunque fuera para los fines de semana...

—Pilar, eso no se puede hablar por teléfono. ¿Por qué no quedamos a cenar mañana y me cuentas? ¿Sigues viviendo en el mismo piso de la calle San Marcos? Te paso a recoger a eso de las nueve. Tranquila y no te preocupes por nada. Haré todo lo que esté en mi mano.

Pilar se quedó sorprendida de la invitación tan directa de Felipe pero no pudo decirle que no. Necesitaba el trabajo y allí veía una puerta abierta.

—De acuerdo, pero si no te importa mejor quedamos en la plaza del Rey.

—Allí estaré puntual, para lo que necesites—replicó Felipe con solemnidad, y sonaron los sonidos intermitentes del fin de la llamada mientras colgaba el auricular.

Al día siguiente, le esperaba un flamante Audi A8 reluciente, chófer al volante y con las ventanillas tintadas. Pilar no se lo esperaba y se quedó un poco cohibida. El chófer le abrió la puerta y le invitó a entrar. En el interior había un mueble bar de lujo de madera caoba con todo tipo de bebidas alcohólicas que Felipe le ofreció cortésmente. Pilar pidió un vaso de agua con hielo. No sabía si el recibimiento era para bien o para mal pero le había sorprendido.

Fueron a cenar al restaurante Von Vuayas, en la calle Alcalá. Uno de los mejores restaurantes de Madrid, y famoso por sus especiales cócteles. Al finalizar el menú degustación Felipe llamó al camarero para que trajera dos bloody-mery bien cargados. Se veía que era un buen cliente y dejaba buenas propinas. Pilar todavía no había entrado en tema por no parecer descortés pero pensó que había llegado el momento, aunque la situación le abrumaba.